

MIRET MAGDALENA

MODELOS NUEVOS

No me refiero a los modelos de la moda femenina, sino a los de la vida, que son los que se renuevan en el catolicismo.

Todo el mundo ha oído hablar de que las canonizaciones son lentas y muy costosas. Por esa razón —trámites prolongados y gastos cuantiosos— han prosperado principalmente las de religiosos y religiosas que tenían tras ellos a una institución que podía, generación tras generación, ocuparse de ello y tener paciencia, a veces de siglos, hasta conseguir ver en los altares a un miembro de su grupo religioso.

Menos han sido los clérigos que subieron a los altares y, sobre todo, mucho menos los seglares. Razones meramente circunstanciales han influido en ello.

Simple razones geográficas son, además, las que han determinado muchas veces el que venerásemos en las iglesias a determinadas personas y no a otras.

El santo canonizado oficialmente, sin embargo, no es el exclusivista de la santidad: no lo olvidemos a la hora de esta renovación que en la Iglesia se produce para intentar equilibrar la balanza.

Santa Teresa del Niño Jesús confesó que, entre las personas que pasaron desconocidas para la historia, habrá muchos y muchas que estarán en la «otra vida» en un puesto más alto que los santos canonizados, en la vida eterna en que creemos los creyentes.

Y por aceptar la Iglesia actualmente todo eso quiere superar los anacrónicos obstáculos que impiden o retrasan esta renovación de la santidad, y se pretende por algunos conseguir incluso —como solicita el teólogo católico Hans Küng— que haya canonizaciones populares que evitarían estos desequilibrios: «Es verosímil —dice— que en el porvenir se impondrán nuevamente en la Iglesia los verdaderos santos sin necesidad de los onerosos procesos romanos de canonización» (H. Küng, *Le Monde*, agosto 1969).

No es ninguna novedad esto. En la Iglesia siempre había existido este clamor popular, más o menos difuso, que era el único trámite de canonización existente en ella durante los doce primeros siglos de su vida. Hasta el Papa Alejandro III, que gobernó la Iglesia entre 1159 y 1181, no se decidió ningún Pontífice a exigir que le fuesen reservadas a Roma las causas de canonización, y sólo en el siglo XVII —con Urbano VIII— se llegó a una concreción detallada de las reglas que debían seguirse para canonizar a un católico.

El pueblo era el único que antiguamente intervenía, con su voz y sus actitudes y costumbres de veneración, en la aceptación práctica de un personaje para calificarlo de santo: «Los obispos... se limitaban las más de las veces a dejar hacer» (A. Boudinhon, *Les procès de canonisation*). Los primeros santos fueron los mártires, hasta el siglo IV; después, los héroes cristianos en la vida —y no sólo en su muerte, como perseguidos— son los que acceden a este honor de los altares, y principalmente los grandes campeones de la fe, como San Agustín, San Ambrosio y San Atanasio. Más tarde, a partir de los siglos XI y XII, cuando la gran crisis de la Iglesia —que es la época de decadencia religiosa de las grandes instituciones tradicionales—, surgen, entre otros muchos, los «santos de prestigio»: San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, Santo Domingo de Guzmán. Pero el calendario litúrgico se fue cargando además con una serie de figuras no sólo de las antes citadas, sino otras, reales o legendarias, que en este siglo XX representan ya muy poco, porque pertenecen muchas de ellas a un mundo radicalmente distinto del nuestro y que fueron seleccionadas por motivos demasiado particulares. Eran sobre todo los grandes patronos

medievales de nuestros diversos males terrenos: la locura, las catástrofes, la epilepsia, el hambre o los casos imposibles. Y se llamaron, respectivamente, Santa Digna, Santa Bárbara, San Vito, San Pancracio o San Expedito, santos que tienen hoy —en un mundo en vías de desarrollo— muy poco que hacer, porque su desempleo es manifiesto.

El antiguo procedimiento popular de elegir a un santo debe hacernos hoy pensar en lo importante que es, en todo —y también en lo religioso—, no olvidar la dimensión histórica, obligándonos ello a recordar que hay santos de cada época y para cada época.

Rahner —el serio e independiente teólogo católico— lo recordaba hace unos años: «Los santos canonizados son modelos fecundos de la santidad para una época determinada» (K. Rahner y H. Vorgrimler, *Diccionario teológico*, Ed. Herder).

Los santos, contra lo que se nos ha dicho muchas veces, no son para siempre: son deudores de su época y —por tanto— pueden variar, en su función ejemplarizante, con los tiempos.

La Iglesia, con su *motu proprio* «Misterio Pascual», da ejemplo de haberlo comprendido así. Los santos —como sigue diciendo Rahner—, al ser para el creyente modelos vivos, deben cambiar de época a época para que puedan dar un testimonio positivo a la sociedad de cada tiempo «por medio de su estilo, cada vez nuevo, de ser cristianos». El cristianismo tiene que ser creador de vida nueva en cada momento histórico, consiguiendo, para los hombres de cada tiempo, «una nueva comprensión de éste» —del cristianismo— a través de esas figuras cumbre.

Ello entraña una ventaja y un inconveniente, como el de todas las cosas vivas que, porque lo son, deben renovarse. Hay por eso que reconocer que lo que un día fue claramente ejemplar, en otro período de la historia, «esta ejemplaridad puede ir palideciendo» (K. Rahner, *idem*).

Esa es la razón por la que nuestra Iglesia cambia ahora sus héroes, como con más o menos parsimonia lo fue haciendo siglo tras siglo, o autoritativa o popularmente, como se «manifiesta en la supresión del culto a ciertos santos, e incluso su desaparición de la lista de los santos» (K. Rahner, S. J., o. c.). Eso hizo también el «denigrado» Concilio de Trento, reduciendo las fiestas de los santos a la mitad casi de las que había entonces.

Los hombres y mujeres del siglo XX hemos sido bien explícitos en canonizar popularmente a un gran cristiano que rigió los destinos del catolicismo en un momento crucial: el del paso de la antigua civilización impregnada de religión, a nuestra ciudad secular sembrada de ateísmo. Fue al campesino Roncalli, al Papa Juan XXIII: el hombre decidido, espontáneo y sin prejuicios; el que se opuso al Santo Oficio cuando quiso condenar a Teilhard, a sus Cardenales de Curia cuando quisieron impedir el Concilio, y a las ceremonias eclesiológicas de vanidad con sus comentarios socarrones.

El proceso jurídico de canonización, que fue introducido y exigido por Roma para evitar los abundantes abusos y supersticiones populares que existían en el Medievo, se ha convertido desgraciadamente en una pesada maquinaria, que ahoga lo mismo que pretendió salvar. Por eso, ante este nuevo calendario que la Iglesia nos propone para el siglo XX, hemos de pedir un paso más: las «canonizaciones populares», como la que explícitamente ha hecho el pueblo cristiano de la gran figura que fue Juan XXIII.

Este primer paso que ha dado la Iglesia creemos que debe continuar, y así la Iglesia demostrará con hechos que los santos no desaparecen, sino que se renuevan, y favorecerá espontáneamente las futuras renovaciones, al intervenir en todo ello directamente el pueblo.